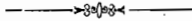


HISTORIA DE LA CIVILIZACION DE ARAUCANIA



(Continuacion)

Cuando estuvo restablecido, su esposa fué a ver a don Juan Castellon, frances, vecino de Concepcion i uno de los protectores del antiguo conductor de tabaco, i le refirió el hecho dramático que había puesto a su marido próximo a la muerte. Castellon pasó a visitarlo, le prestó su ayuda pecuniaria i lo predispuso a servir la causa de la independencia, acontecimiento ya inevitable en Chile i las otras secciones del continente americano. Fué él quien lo acercó a San Martin e intervino en la estratagemas de que se trasladara Benavides disfrazado a los Anjeles a fomentar la defeccion de la fuerza del coronel Sanchez, ahí acantonada.

Ya se deja entender por estas noticias biográficas cuáles serian los rasgos morales del audaz aventurero. La audacia lo caracterizaba, en efecto, como puede comprenderse por éste sólo incidente de su vida. Siendo sarjento, se hallaba con su cuerpo en Chillan ántes que Osorio partiera en 1814 para el norte. A menudo tenia que ir por asuntos del servicio a casa del jefe realista Jiménez Navia, irascible i orgulloso. Mientras que éste escribía en una mesa i su jóven esposa permanecía en pié a su

lado, Benavides hacía a la última irrespetuosas manifestaciones de amor (1).

Tenia además todas las malas partidas del individuo de baja condición: embustero, disimulado i desleal. No parecía que estas cualidades estuvieran reñidas con su devoción: rezador, se encomendaba con particularidad en los trances difíciles de su accidentada existencia a la vírjen de Mercedes.

Desde que se vió elevado a la categoría de oficial i sobre todo de comandante de guerrillas, se acentuó su modo altanero i vengativo. Estos defectos pocas veces van separados de la crueldad; efectivamente, Benavides se entregaba con todo el furor de las almas bajas al derramamiento inútil de sangre.

Carecía hasta de valor, pues era el primero en huir cuando veía indeciso un combate, i en inteligencia militar no sobrepasaba a la gavilla de guerrilleros que le seguían, casi todos ignorantes, sin plan estratégico ni político, sin autoridad a quien respetar, ni freno que los contuviera en sus excesos. Lo único que distinguía a Benavides era su actividad de organizador.

Se comprende que la guerra en la frontera araucana dirigida por un hombre tan malo i tan poseído del celo de perseguir a los patriotas, se convirtiera únicamente en una serie de matanzas inauditas, de sorpresas i saqueos de indios, de retiradas, cobardías i triunfos efímeros, sostenidos hasta poco después que el caudillo espizó sus crímenes en la horca de la plaza de armas de Santiago, en 1823.

El 24 de noviembre de 1818 penetraba Freire a la villa de Parral i ponía sin perder tiempo manos a la obra de preparar la campaña, reuniendo las milicias de la comarca, organizando los cuadros de tropa regulares i dando cumplimiento a las instrucciones de San Martín. En virtud de estas órdenes partió un emisario a los Anjeles con un pliego para Sánchez i a los pocos días salió Benavides para el mismo pueblo a cumplir con su compromiso.

El jefe realista rechazó todo avenimiento pacífico i prohibió

(1) Datos comunicados al autor por un deudo de Jiménez Navia.

el envío a su campamento de emisarios, que consideraba espías mandados para imponerse de las condiciones de su ejército.

Freire no tenía, pues, otro partido que seguir sino comenzar cuanto antes las operaciones. El 19 de diciembre se movió su division, que se componia como de 1,600 hombres i 4 cañones, i ocupó a San Carlos el dia siguiente. Trazó aquí el plan de campaña i encargó al coronel don Manuel Escalada de la empresa de apoderarse de Chillan. Este jefe avanza en efecto una noche para caer de repente sobre la caballada del enemigo; mas, perdido en el camino, el coronel Lantaño, comandante de la plaza, advierte este movimiento i retrocede con la guarnicion hácia el sur. El capitan Cajaravilla de la caballería de Escalada, se desprende del grueso de la tropa con un destacamento, atraviesa el pueblo abandonado, carga por la retaguardia a los fuertivos, les mata 30 hombres i les toma 20 prisioneros. Al fin, la fuerza realista se ve libre de la persecucion de los patriotas despues de haber corrido como tres leguas.

El 24 de diciembre ocupaba Freire el pueblo de Chillan, donde la division espedicionaria, aumentada ya en el camino i aquí tambien, subió a 3,385 hombres de línea. Formábanla estos cuerpos: cazadores de los Andes, comandante Alvarado; cazadores de Coquimbo, comandante Thompson; número 1 de Chile, comandante Rivera; número 3 de Chile, comandante López; granaderos a caballo, comandante Escalada; cazadores de la escolta directorial, comandante Alcázar; batería de 8 cañones, capitan Juan Pedro Macharratini.

San Martin, que se preocupaba ya con la idea de la espedicion al Perú, no quiso tomar la direccion del ejército del sur i la confió al brigadier don Antonio Gonzalez Balcarce, a quien le correspondia por grado. Como jefe de estado mayor se designó al coronel venezolano don Juan Paz del Castillo, en Chile hacia poco i por lo tanto sin ninguna práctica en la guerra del pais. Los directores del ejército, San Martin i O'Higgins, se decidieron por un jefe reposado i observador estricto de la ordenanza militar como Gonzalez Balcarce, temerosos de que a Freire lo comprometiera su impetuosidad en empresas desgraciadas. La eleccion de un jeneral lento en su accion i de salud quebrantada,

no cayó bien en el ejército del sur, en el cual ejercía Freire un ascendiente irresistible por su denuedo i su inclinacion a las proezas heroicas.

El 26 de diciembre llegaba a Chillan el jeneral recién nombrado i solamente el 14 de enero de 1819 trazaba el plan de campaña; habia perdido tantos dias esperando, según creia San Martin, que entre las filas realistas se produjera la desorganizacion que Benavides estaba encargado de introducir. ¿Qué habia hecho este aventurero cuando se vió libre entre sus antiguos camaradas? Lo que debia haber calculado San Martin que haria un hombre tan falso i de malos antecedentes: convertirse otra vez en furibundo realista. Fácilmente se hará cargo cualquiera de que al salir de Santiago llevaria la intencion de cumplir con su palabra comprometida; pero al verse en un medio en que todo era odio contra los patriotas, despertarían acaso su habitual versatilidad i los recuerdos de su ejecucion frustrada; debió resolverse entónces a quedarse entre los españoles con la esperanza de pasar al sur o al Perú.

El 15 de enero se puso en movimiento la division. Freire marchó sobre Concepcion por el Roble, cerca de Quillon i Yumbel, con 200 hombres de caballería. Toda la columna tomó el camino del sur, en direccion a los Anjeles. A la vanguardia se destacaron los granaderos a caballo i el batallon cazadores de los Andes, que mandaban respectivamente los coroneles Escalada i Alvarado. Esta avanzada no pudo cruzar el rio Laja a tiempo, circunstancia que dió lugar a la fuerza del coronel Lantano, que vijilaba el vado del Salto, para replegarse a los Anjeles con la única pérdida de 10 hombres rezagados. Sin embargo, el dia 17 de enero todo el grueso de la division atravesó el rio por ese pasaje i acampó en la márjen izquierda sin ningun tropiezo.

Entretanto en el ejército español reinaba un desorden próximo al terror. La disidencia interior amenazaba la disciplina, porque muchos oficiales de los mas cultos, que no se avenian con la grosera insuficiencia de los guerrilleros i de Sanchez, deseaban capitular, mientras que éstos i la tropa fanatizada querian quemar hasta el último cartucho en defensa de su rei i de

la religion. Una engorrosa emigracion de las monjas trinitarias i de dos mil mujeres, ancianos i niños se preparaba para seguir tras de la tropa. Abandonando una buena parte de sus bagajes i municiones, el 17 empezó Sanchez su retirada por Santa Fe hacia el Biobío, a cuyas márgenes llegó al dia siguiente:

Un ataque oportuno de los patriotas habria deshecho a esta fuerza en fuga, pero la rapidez no entraba en las cualidades militares del brigadier. Toda la noche del 17 permaneció en las orillas del Laja i solo al amanecer del dia 18 continuaba a los Angeles. Iba de vanguardia el rejimiento de granaderos, del cual se habia destacado una fraccion esploradora como de 50 jinetes que mandaba el sarjento mayor don Benjamin Viel. Llega esta partida al pueblo ya evacuado, continúa al galope la persecucion i va a estrellarse con un escuadron de milicias armado de lanzas i lo dispersa i ahuyenta bizarramente. Sigue escaramuceando hasta que llega el coronel Escalada. Como no tenian infanteria ni cañones, asumieron una actitud amenazante únicamente en presencia del ejército de Sanchez, que vadeaba el rio en balsas conducidas desde el pueblo.

Gonzalez Balcarce no se daba prisa en los Angeles, adonde habia llegado el 18. Solo en la mañana del 19 despachó al batallón cazadores de los Andes i un cañon, bajo el mando del coronel Alvarado. Forzando la marcha, pudo llegar en la mitad del dia al teatro del suceso i tomar como jefe mas antiguo la direccion de la columna. Era el momento preciso en que los últimos grupos realistas se ocupaban en pasar el Biobío; Alvarado ordena su línea de batalla i emprende el ataque: la caballeria arrolla a los que halla en la ribera derecha, toma 23 prisioneros i 27 pasados. La infanteria i el cañon rompen el fuego sobre los que van en las balsas con mui buena punteria. Desde el otro lado contesta Sanchez igualmente con 4 cañones i causa a los patriotas 20 bajas entre muertos i heridos. Entre los primeros se contaban los oficiales don Atanasio Mátus, de infanteria, i don Eustaquio Bruix de granaderos, jóven frances de mucho porvenir.

El jefe español siguió su retirada con la mayor rapidez al Nacimiento i abandonó en el paso del rio 5 cañones, armas,

municiones i parte del bagaje, que los milicianos i campesinos saquearon en su totalidad.

El jeneral patriota aun no comprendia que de la celeridad en la ofensiva dependia el éxito final i decisivo. Ocupado en detalles, tan solo el 28 de enero en la noche se movió para el Biobío. La marcha, dirigida por el coronel venezolano Paz del Castillo, fué desordenada i difícil. El 29 la division pasó el rio sin resistencia i el 30 en la tarde ocupó la vanguardia la plaza de Nacimiento, abandonada pocas horas ántes por el enemigo.

Sanchez se retiró por los cerros de la izquierda del Vergara i fué a detenerse en las reducciones de los indios angolinos el 31 de enero. El desacuerdo se habia ahondado entre sus oficiales, divididos por las dos corrientes de opinion ya mencionadas; pero él, encerrado en una obstinacion inabordable, continuó con su jente desmoralizada hasta Puren, trasmontó la sierra de Nahuelvuta i fué a sentar su campamento a Tucapel, adonde llegaron algunos fujitivos de Concepcion. Su columna habia disminuido hasta quedar en poco mas de mil hombres.

El 6 de febrero celebró una junta de guerra. Se llegó en ella al acuerdo de que los guerrilleros i partidarios de la resistencia se quedaran en la frontera bajo el mando de Benavides i que los demás siguieran con él hasta Valdivia. En las conclusiones del mes de marzo llegaron a esta plaza. El virrei del Perú desaprobó el plan de Sanchez, que facilitaba en su concepto la expedicion patriota a ese pais.

Por su parte Freire ocupó a Concepcion sin disparar un solo tiro, porque las bandas de guerrilleros i ladrones que se albergaban en su interior, huyeron a su aproximacion. La ciudad estaba saqueada i solitaria con las emigraciones sucesivas de los patriotas i realistas. Los campos presentaban el mismo aspecto; una guerra de esterminio hecha por bandoleros i fanáticos exaltados no habia dejado nada en pié, ni a nadie en su hogar. Sin embargo, cuando las autoridades patriotas restablecieron el orden, dando así seguridad a las vidas i las propiedades, muchas familias dejaron sus escondites de las quebradas i bosques para ocupar sus casas.

El jeneral Gonzalez Balcarce creyó con todo esto que dejaba

terminada la campaña de un modo definitivo i feliz. En esta persuasion se decidió a retirarse a Santiago i dejar suficientemente guarnecido el sur. Con este objeto fijó en los Anjeles la residencia del batallon cazadores de Coquimbo i cuatro piezas de artillería, bajo el mando del comandante don Isaac Thompson i la de los números 1 i 3 de Chile en Concepcion. Los cazadores de la escolta directorial quedaban en Yumbel con el coronel Alcázar. El 17 de febrero comenzó su marcha de regreso a Santiago con el resto de la caballería de línea.

Sujestionó el brigadier arjentino a San Martin i a O'Higgins con la idea del final i decisivo desenlace de la guerra del sur. En esta virtud, el gobierno espidió algunos decretos para obligar a los antiguos vecinos de la provincia de Concepcion a que volvieran a su residencia i para conceder a los que hubiesen tomado las armas contra los patriotas ámplia amnistía, la que aceptaron unos pocos propietarios i no los guerrilleros mas peligrosos.

Tales fueron los preliminares de las campañas que abrió Benavides desde este mes de febrero de 1819 contra las guarniciones de la frontera.

Antes que Sanchez continuase su retirada a Valdivia, desde el 6 de febrero, el antiguo capitán realista habia tomado el mando, en el carácter de comandante de las guerrillas, de unos cuantos partidarios empecinados de España i reunido a los malhechores i las indiadas, que no tenian otra mira que el robo i el saqueo. El 21 hizo su primera aparicion delante de Santa Juana. Pocos dias ántes el comandante de milicias de Rere don Gaspar Astete, habia pedido a Freire el refuerzo de algunos soldados para atacar a una guerrilla que se dejaba ver en la plaza de Santa Juana. El intendente de Concepcion le envió sin demora 50 hombres del batallon de infantería número 1 a cargo del teniente don José Antonio Riveros. Este oficial i el comandante Astete pasaron el Biobío; el 20 de febrero deshicieron una partida como de 140 individuos i se apoderaron de la plaza. Confiadamente permanecieron en el lugar de su triunfo, pero al dia siguiente se presentaron a combatirlos 100 infantes i como 200 individuos montados, a las órdenes de Benavides. Riveros opuso una resistencia obstinada; mas sus fuerzas, inferiores en número,

tuvieron que ceder i huir. Solo 20 hombres lograron llegar a Talcamávida; el teniente del número 1 quedó entre los prisioneros.

El levantamiento de los guerrilleros era simultáneo en distintos puntos del sur; en Chillan, en San Pedro, lugar situado frente de Concepcion, i en la isla de Laja, se dejaron ver partidas que principiaban a merodear por los campos i alrededores de centros poblados. Una de las últimas se dirigió al vado de Negrete, sobre el Biobío, a destruir las balsas i lanchas que ahí habia amarradas. El 21 destacó el comandante Thompson de los Angeles 50 soldados de infantería al mando del capitán don Ramon Romero a defender las embarcaciones. Cuando se acercaba en la mañana del día siguiente al paso de Negrete, lo asaltaron repentinamente densos grupos de guerrilleros e indios, lo envolvieron por todas partes, lo estrecharon i lancearon a su jente. Casi todos perecieron, entre ellos el mismo Romero; algunos pudieron huir i llegar heridos al pueblo de donde habian salido.

Este fracaso alentó a los realistas, que vieron desde ese momento aumentada su fuerza con campesinos fanatizados, hasta contar mas de 3,000 buenos jinetes, que tenian como armas lanzas i palos. Intentaron entónces una empresa de mayor resultado; dirijieron a asaltar la poblacion de los Angeles, la que el 23 estuvo rodeada. Thompson puso a raya a los sitiadores desde el fuerte cada vez que pretendieron acercarse. Tuvieron, pues, que resignarse a merodear por los alrededores, donde los indios quemaban casas i asesinaban mujeres con la furia salvaje que los distinguia. Los sitiados comenzaban a temer que, prolongándose semejante estado de cosas, fuesen a encontrarse en una situacion desesperada. Resolvieron, en el temor de perecer encerrados o asesinados si se entregaban, abrirse paso por entre las indiadás para replegarse a otro punto o morir gloriosamente. El 10 de marzo estaba pronta la guarnicion para ejecutar esta atrevida maniobra. De repente se notó un inusitado movimiento en los grupos de los sitiadores, nadie acertaba a comprender lo que aquello significaba, hasta que los vieron retroceder a la aproximacion de una columna de caballería: era el coronel Alcazar que corria desde Yumbel en auxilio de los cercados. En tan

oportuno momento, los patriotas les picaron la retaguardia i les hicieron algunas bajas.

Freire no cesaba de hacer presente a O'Higgins el peligro que amenazaba a la frontera i la necesidad que tenia de socorros inmediatos que le permitieran apagar la conflagracion jeneral que habia estallado por todas partes. «El jeneral Balcarce, le decia, no me ha dejado dinero, víveres ni caballos; todo se lo ha llevado. La guerra está en vigor. Los batallones no tienen medio real, ni el mas pequeño socorro. Mándeme dinero i lanzas; si no, estamos mal». O'Higgins despachó por mar algunos socorros de provisiones i por tierra armas, municiones, vestuarios, caballos i mil pesos; todo lo que no pudo llegar a su destino porque las autoridades de Talca detuvieron estos elementos i a los jefes que los conducian para utilizarlos contra la guerrilla de los hermanos Prieto.

Desde el mes de abril se produjeron sucesos de tan horrible crueldad i venganza en el campamento de Benavides, que lanzaron de lleno i sin retirada al traidor perdonado de los patriotas a una guerra sin cuartel. Uno de éstos fué el asesinato de un parlamentario i de los prisioneros de Santa Juana. Freire se habia trasladado a Talcamávida, de donde escribió a Benavides tentándolo aun a pasarse a la causa republicana; aquél le contestó con doblez i cinismo para esquivar tal proposicion. En cambio, entraron en arreglos sobre canje de prisioneros. Benavides pedia a su mujer por los que habia tomado en el último combate. Aunque con repulsion de entrar en convenios con un individuo tan bajo i despreciable, Freire dispuso que el 23 de marzo partiera al campamento de los guerrilleros a terminar este negocio, en calidad de parlamentario, el teniente del núm. 1 de Chile don Eujenio Torres, al cual retuvo a su lado el comandante de los guerrilleros. A pesar de esta felonía i en el interes de salvar a los prisioneros, el intendente de Concepcion despachó para Santa Juana a Teresa Ferrer. Solo el teniente Riveros volvió a su batallon como canjeado.

Desde este momento a Benavides no le importaban ni el enojo ni las represalias de los republicanos, i llevó a cabo una atrocidad inútil, debida a su perversion i acaso a la venganza de sus

secuaces por la muerte de los prisioneros realistas en San Luis de la Argentina. Una noche de los primeros días de abril, cenaba con el parlamentario Torres, que no sospechaba que sobre su cabeza se cernía la muerte. Inopinadamente Benavides, ebrio quizás con el aguardiente que había estado bebiendo, se pára i notifica a su comensal su resolución de que sea ejecutado. Implora éste su perdón, sin conseguir otra cosa que la licencia para confesarse. Encerrado en un calabozo con catorce soldados que no habían querido pasarse a su banda, todos fueron muertos a sablazos, « a la luz de un candil », según el testimonio de unos, o a lanza por los indios, según el de otros (1).

El temor de una ruina inminente crecía en el ánimo de Freire, como crecía la potencia de Benavides. En efecto, el 14 de abril atravesó el último el Biobío i fué a situarse a Talcamávida. El terror se apoderó de la ciudad de Concepción. El jefe de la provincia, sin perturbarse por esta amenaza, al rayar el día 15 sale al frente de 700 hombres con toda rapidez a detener en su avance a la fuerza invasora, ascendente a cerca de mil. Benavides teme el encuentro, repasa el río i se dirige a los Anjeles, donde cree realizar una hazaña menos difícil. En esta retirada perdió una porción del ganado que había recojido i varios soldados que se agregaron a los patriotas.

El 19 de abril estuvo a las puertas de los Anjeles, i en una comunicación altisonante i ridícula, exigió a Alcázar la entrega de la población. El viejo coronel, criado en los lances de la Araucanía i conocedor a fondo del cabecilla de las montoneras, le contestó « que tenía bastante pólvora i balas para esperarlo con la mesa puesta ». No se atrevió tampoco a medir aquí sus armas con los patriotas i se retiró hacia el Biobío, que cruzó por Negrete para encaminarse a su cuartel jeneral de Santa Juana, sin haber hecho nada más que desplegar un aparato de fuerza formidable.

Como Freire había ocupado mientras tanto esta plaza, las guerrillas se situaron como a diez kilómetros al sur, en el valle

(1) *Gaceta Ministerial* del 22 de mayo de 1819.—VICUÑA MACKENNA, *Guerra a muerte*, cap. 11.

conocido con el nombre de Curalí i que rodeaban cerros elevados i boscosos. El 1.º de mayo, día lluvioso, el comandante en jefe de la frontera salió a sorprender al enemigo a sus mismas posiciones. Venciendo las dificultades de estos caminos en los meses de lluvias i sacando los palos atravesados por el enemigo en los caminos, la vanguardia de la columna pudo acercarse al campo realista; mandábala el coronel Merino i era exclusivamente del arma de caballería. Al notar Benavides su aproximacion, ordena la retirada, que se efectúa en el desórden que se asemeja a la derrota. Los escuadrones de Merino lo persiguen en todas direcciones i vuelven a Curalí cuando la noche i la lluvia les impiden seguir adelante. Freire llegó tan solo a contar las bajas realistas e incorporar a sus filas a los dispersos i a los que por propia voluntad venian a cobijarse bajo las banderas de la república. Entre estos últimos se contaban el empleado de hacienda don Victorino Garrido i el capitán de ingenieros don Santiago Ballarna, ámbos mui conocidos mas tarde por sus servicios a la patria.

Benavides huyó a la costa, donde comenzó a estender sus correrías entre Colcura i Arauco. El 14 de mayo fué a batirlo Freire, quien, en una serie de escaramuzas, lo empujó hasta Tubul. En la creencia de que la fuerza del guerrillero quedaba destruida, volvió a Concepcion; grave error de prevision i estrategia que dejaba a merced de aquél los puertos i la comarca en que podia recibir auxilios i rehacer sus bandas (1).

La estacion de las lluvias habia suspendido las hostilidades i dado lugar a Benavides para reorganizar sus huestes. A fin de llevar a cabo con mas facilidad este trabajo, se trasladó a la plaza de Arauco, tan desafortunadamente abandonada por Freire. Recibió aquí por tierra una remesa de doce a catorce cargas con municiones, que le envió Sanchez desde Valdivia al cuidado del capitán de dragones don Mariano Ferrebú.

Una empresa atrevida de uno de sus agentes, llamado Juan Manuel Leon, dió ánimo i algunos recursos mas al caporal de las guerrillas. Reunió aquel sujeto unos cuantos marineros e indivi-

(1) *Gaceta Ministerial* del 16 de mayo i 12 de junio de 1818.

duos en el puerto de Talcahuano i en la noche del 23 de agosto aboró súbitamente la fragata *Dolores*, la cual, fuera de su cargamento de varios artículos, tenia dos cañones. Leon largó las velas i sin ser alcanzado por dos lanchas que despachó Freire en su persecucion, tomó rumbo hácia la bahía de Arauco. Fué celebrado este incidente con gran regocijo por el caudillo realista i los frailes que lo rodeaban. El comandante del buque, don Agustín Borne, nueve soldados, el pasajero don Francisco Campo i su hijo, niño de doce años, murieron fusilados a los pocos dias. Cuando Freire supo este acto de crueldad brutal, hizo a su vez pasar por las armas a tres prisioneros que se habian tomado en Hualqui.

A fines de julio de 1819 tenia ya Benavides un cuerpo de guerrilleros montados, que llegaba a cerca de 900 hombres, en su mayoría de los rezagados i dispersos del Cantabria, que fué dejando Sanchez en su huida a Valdivia. Disponia además de partidas de caballería que mandaban capitanejos españoles o chilenos de oríjen, todos turbulentos i sanguinarios por lo comun. Su verdadero poder, en número ya que no en calidad, se basaba en su feroces auxiliares de las tribus araucanas.

Servíanle de consejeros i secretarios, para estender nombramientos, redactar sus comunicaciones, órdenes i proclamas, algunos frailes misioneros i curas del sur que se habian agregado a sus tropas irregulares. Entre los últimos figuraban especialmente el de Chillan don Anjel Gatica, el de Yumbel don Luis José Brañas, el de Cauquenes frai Pedro Curiel i el que dejó atras a todos sus compañeros en ferocidad i ardor guerrero, el cura de Rere don Juan Antonio Ferrebú; natural de Talcahuano i hermano del capitán de dragones españoles del mismo apellido.

Al lado de Benavides residian por último las monjas trinitarias, trasportadas de Tucapel a Arauco.

Eran asimismo sus partidarios decididos los guerrilleros que merodeaban al norte del Biobío. Distinguíanse entre una turba de caudillejos desalmados i antiguos domésticos don Vicente Antonio Bocardo i Santa Maria, orijinario de Concepcion i propietario rural de Chillan, imbuido por los misioneros i los curas en las ideas de los realistas; don Vicente Elizondo, hermano del

obispo de Concepcion así apellidado; José María Zapata, de la jurisdiccion de Chillan, a quien llama un historiador español «comandante que habia prestado importantes servicios a la causa del rei desde el principio de la revolucion en que se dedicó a contrariarla, no siendo entónces mas que capataz de la hacienda de Cuchacucha, perteneciente a los Urrejolas» (1). Al nivel de los anteriores por su odio a los insurjentes se hallaban los hermanos yumbelinos Juan de Dios i Dionisio Seguel; los Pincheiras, Antonio, Pablo i José Antonio, naturales del distrito de Cato en Chillán; don Juan Ruiz i sus cuatro hijos, de Nacimiento, i los lenguaraces Pedro López, Francisco i Tiburcio Sánchez, inferiores los tres últimos en valer personal pero no en resolucion para acometer las empresas mas difíciles i temerarias.

A medida que los sucesos militares tomaban cuerpo en la frontera, los indios tendian a inmiscuirse en la guerra a favor de los españoles, inducidos como en los años precedentes, por los intérpretes, misioneros i comandantes de los destacamentos. En esta fecha, julio de 1819, estaban contra el gobierno i el ejército de la república la alta i la baja frontera en su mayoría.

Todas las reducciones del norte de la costa, que obedecian a los caciques Huenchunquir, Lincopi i Juan Cheuquemilla, prestaban sus lañas a Benavides. De las tribus de las faldas orientales de Nahuelvuta ayudaban a los realistas los históricos i nunca rendidos pureninos, que obedecian a Catrileo. Los llanistas o abajinos, desde el rio Malleco hasta el Bureo i el Mulchen, estaban dirigidos por Francisco Mariluan, poderoso *gulin* que permaneció fiel a los españoles hasta lo último. Donde terminaban los dominios del anterior, seguian por el valle central, desde el rio Traiguen por el norte hasta el Cautin por el sur, las agrupaciones mas densas de los araucanos que ya se principiaba a denominar «arribanos», i sobre los cuales tenia un poder absoluto Manginhuenu o simplemente Mangin (2). Influidas por este gue-

(1) MARIANO TORRENTE, *Historia de la revolucion de Chile*, páj. 306.

(2) Algunos narradores escriben Mañil, siendo que este nombre está formado de *mangin*, con ñ nasal mapuche, que significa avenida, i *huenu*, arriba.

rrero indígena i mandadas respectivamente por los caciques Calvuqueo i Curiqueo se hallaban las célebres reducciones de Boroa i las subandinas de Trufruf i Llaima. Los pehuenches de las faldas del este i del poniente de los Andes, mandados por los caciques Martin Toriano, que hacia como treinta años que habia sido salteador en Chile, Juan Neculman i Chuica, pusieron sus ágiles jinetes al servicio de los cabecillas de las montoneras.

Bien que no decididas aun, inclinábanse del lado de estos mismos los indios llamados huilliches, que se estendian al sur del rio Quepe, afluente del Cautin. Quedaban así pronunciadas las dos fronteras en abierta hostilidad i sin contrapeso posible contra los patriotas.

Escasos eran los jefes araucanos que se habian unido a los sostenedores de la república. En las faldas orientales de Nahuelvuta los apoyaba Venancio Coñoepan, cacique principal de los del sur de Lumaco i Cholchol (1). El aliado de mayor importancia del ejército patriota se llamaba Juan Colipi i residia en el lugar en que hoy está el pueblo de los Sauces. Ejercia un predominio sin límites en los llanos de Angol, en las lomas que le siguen al sur llamadas hasta ahora Temulemu, en Quechereguas i Guadava. El auxilio de algunas lanzas ofrecia tambien el cacique Melicán de los pehuenches.

Como militar práctico en los artificios para ganarse a los araucanos, Alcázar trató de obtener la adhesion de los caciques influyentes desde principios del año 1819. Secundábalo en este plan el sarjento mayor don Gaspar Ruiz, como su jefe, antiguo oficial de dragones. A su esperiencia de tal, agregábanse las circunstancias de ser hijo del capitán del mismo cuerpo don José Ruiz i orijinario de la plaza de Nacimiento, el punto mas avanzado hácia el interior en la alta frontera. Estos dos jefes fueron, pues, los que lograron atraerse a los pocos caudillos araucanos ya enumerados, a pesar de los obstáculos que los enemigos de la república oponian a esta conquista con los cñicos

(1) Los descendientes de este cacique tienen ahora su residencia en Figuchen, en la subdelegacion de Galvarino i en la misma comarca de las antiguas reducciones.

embustes de Benavides i de sus agentes i a pesar ademas del aliciente que ofrecian a la rapacidad de los indios los saqueos de villas, robos de animales i raptos de mujeres.

En la decision de estos caciques, no entraba, por cierto, el interes por el triunfo de las instituciones republicanas, que no comprendian; habia otra causa mas real que los apartaba de la corriente jeneral de la raza: los enconos profundos que las guerras intestinas o de tribus creaban entre las comarcas. Así Coñoe-pan de Lumaco, era rival encarnizado de Curiñe de Boroa i de Catrileo de Puren; Colipi i Mangin se odiaban con toda la intensidad que es posible calcular en jefes bárbaros; los pehuenches de los valles inmediatos al monte Antuco se manifestaban en este tiempo hostiles a las huestes de Chuica i de Mangin porque habian violado la neutralidad de sus tierras pasando el primero a este lado de los Andes i el segundo al otro, a dar malones, sin el respectivo permiso i participacion en el botin.

Se disputaban por esta fecha el dominio de las tribus araucanas los caciques Mangin, Mariluan i Colipi. Sin disputa que el primero tenia la prioridad en poder, en talento i odio a la raza de orijen español. A su voluntad estaban subyugadas las reducciones arribanas i huilliches, desde el rio Traiguen hasta el Tolten, influjó que se debia a su gravedad de jefe jeneral, a su consejo de hombre de esperiencia i riqueza en animales i objetos de plata. Tenia su residencia en la comarca de Chanco.

El tipo físico de este cacique tenia los rasgos fisonómicos que son tan comunes en los araucanos de los valles de la cordillera, de la zona subandina i sur del Cautin i que en mucho los diferencian de los demas; es decir, era alto, delgado, de rostro algo ovalado i cabeza ménos redonda. Una afeccion cutánea le habia cubierto la piel del cuerpo de placas que le daban el aspecto de ese color mezclado de blanco i oscuro que en Chile se llama «overo». Estas manchas de la cútis inspiraban a los indios cierto temor supersticioso, pues coincidia con el pelaje de su caballo, tambien «overo» (1).

(1) Aunque las rucas, pieles de dormir i utensilios de los indios son

Usaba chamal sin calzoncillos, botas, paltó de mangas largas para ocultar su erupcion, capa de paño i sombrero.

Tenia once mujeres, a una de las cuales, tal vez por su procedencia española, se la llamaba la «señora» en la ruca i entre los amigos del poderoso cacique. Su descendencia fué con todo mui corta; se conserva entre los últimos restos de su descendencia el recuerdo de dos hijos varones únicamente, Epuleo i Quilapan, heredero el último de su fiereza i de su disposicion guerrera.

Este araucano famoso, el primero de su siglo entre los suyos i en nada inferior a sus antecesores mas nombrados desde Lautaro a Vilumilla, no se excedia jamas en el uso del aguardiente. Cuando sus escuadrones acampaban en una marcha al llegar la noche, sentábase Mangin en el estendido almofrej que guardaba su cama, silencioso i pensativo, mientras que la algazara del licor i de las agrupaciones desordenadas reinaba en su alrededor.

Reposado por raza i por injénita desconfianza, sus resoluciones solian ser mui juiciosas, i por lo tanto, recibidas con fe ciega por su jente. Por esto mismo nunca quiso esponerse a un golpe de manos de las autoridades chilenas, celebrando con ellas conferencias, entrevistas o parlamentos. A la par de estas líneas de su carácter, distingúalo la hospitalidad; constantemente hallaron hospedaje en su habitacion los revolucionarios que iban a ocultarse en la Araucanía.

De su valor no hai para qué hablar, pues sin él no habria tenido entre sus hordas la popularidad de que gozaba, ni las habria arrastrado a medio siglo de lucha en las selvas de sus tierras i en las pampas argentinas. Pero por lo común encomendaba la ejecucion de sus planes militares a los capitanes de su confianza.

Le escribia de ordinario sus comunicaciones algun intérprete, i al contacto de los asilados políticos que vivieron en su reduc-

por lo jeneral mas aseados que los de nuestras clases inferiores, por el contacto íntimo i prolongado en que viven con los animales domésticos i de corral, son comunes entre ellos las erupciones cutáneas que los dermatólogos denominan favo, herpes tonsurante, sicósis parasitaria, querion, etc.

ción, adquirió ideas más adelantadas que todos los jefes araucanos de su tiempo.

Mui anciano ya, la tísis le causó la muerte. Antes de espirar, rodearon su lecho los caciques de su intimidad, sus hijos i mujeres. Despidióse de todos i les encargó que no cesasen en la resistencia al odiado español, término jenérico de que se valian para designar a la población civilizada. Con las solemnidades usadas, su hijo Quilapan lo sepultó vestido con una casaca galoneada, regalo del general don José María Cruz.

Aun despues de muerto creian los descendientes de Mangin que su sombra los protejia en los combates, por lo cual guardaron siempre sus cenizas con entrañable veneración. Se imaginaban que, desenterradas por los chilenos, serian vencidos. Dominado Quilapan por esta creencia, las hizo trasladar con gran acompañamiento desde Adencul a Loncoche, lugar montuoso al este de Lautaro, la última vez que las tropas de la línea del Malleco lo derrotaron. Fijó su residencia en las espesuras de este paraje, i en un sitio apartado el hijo enterró los restos del padre con un sijilo tal, que ni los mismos indios supieron de fijo dónde reposaba su héroe mas recordado (1).

Mariluan, bajo, delgado i con mas tipo de araucano, tenia su residencia en Hualehueico, eminencia que se prolonga de noroeste a sureste hácia el oriente de Angol (2). Los vaivenes de la guerra lo obligaron a cambiar su vivienda a Pilquen, lugar situado como a 18 kilómetros al sureste de Mulchen e inmediato a la ribera derecha del Reinaco. Tanto sus riquezas de animales i prendas de plata como su crecida parentela, le habian creado entre las tribus de las cercanías a sus tierras una popularidad ilimitada.

(1) Datos de una hija de Mangin, del lenguaraz de Quilapan José Manuel Zúñiga, mestizo de San Carlos de Puren, i del cacique Juan Calvucura, de Perquenco, con los cuales conferenciamos mediante la intervencion del protector de indijenas don Euljio Robles. Tambien nos ha suministrado noticias de Mangin don Daniel Sepúlveda, vecino de Angol e hijo del antiguo gobernador de Nacimiento, comandante don Bartolomé Sepúlveda.

(2) Hasta hace pocos años se veian los perales que había cerca de la casa de Mariluan.

En valor aventajaba a Mangin; éste era hombre de concebir malones, de dar órdenes i consejos. Mariluan, de mas coraje, ponía por obra personalmente lo mismo que mandaba. Su conducta hospitalaria con sus aliados tampoco era inferior a la del caudillo de los arribanos.

Le habian inculcado su aversion a los patriotas los padres misioneros de Chillan, con quienes tenia relaciones antiguas de amistad por hospedarlos a menudo en sus reducciones i por ser ellos los preceptores de sus hijos. Uno de éstos fué instruido por los padres en algunos conocimientos elementales i se incorporó mas tarde en el ejército de la República, en el que llegó hasta el grado de teniente de caballería.

Francisco Mariluan murió como a fines del año 1826, ya reconciliado con las autoridades a quienes tanto habia combatido (1).

Por su fisonomía física i moral, era un tipo mas jenuinamente araucano que los anteriores el cacique aliado de los patriotas, Juan Colipi, que tenia su morada feudal en las lomas contiguas al sur del pueblo de los Sauces, lugar que ántes se denominaba Lilpuilli. Grueso de cuerpo i ancho de cara, sus facciones revelaban la dureza propia del bárbaro.

Como los de su raza, desconfiaba de todos, i para manejarse en sus relaciones con chilenos e indíjenas, ocultaba sus designios hasta no inquirir los de sus interlocutores. El punto dominante de su carácter era la maña.

Mas cruel que sus dos rivales, mandaba arrastrar por el campo atadas a la cola de una yegua indómita a sus mujeres que creía infieles, hacia justicia entre los indios de su dependencia ordenando que lancearan en el corral a los delincuentes i condenaba a muerte cruel a todos los que las *machis* i adivinas señalaban como autores de daños.

En animales i objetos de plata nadie competia con él; para la elaboración de estos últimos manejaba en su casa plateros indí-

(1) Datos del cacique Calvun, de Huequen, nieto de Mariluan. El padre del primero, José Calvun, cacique de aquel lugar, fué casado con una de las hijas del señor de Huelehueico.

jenas. I con decir esto se supone que su predominio entre las tribus inmediatas a las suyas no podia contrarrestarlo ningun otro jefe.

Sus veinte i tantas mujeres constituian otro elemento de riqueza, que completaba su vanidosa ostentacion de cacique acaudalado.

Como Mariluan, Colipi tuvo un hijo de su mismo nombre que sirvió como oficial en el ejército chileno e ilustró su apellido con sus actos de valor en las campañas del Perú en 1838 i 39.

Segun lo asegura la tradicion, Colipi sucumbió al fin en 1850 víctima del veneno que le mandó suministrar su acérrimo enemigo Mangin (1).

Hallábanse, pues, las fuerzas de Benavides en mucho mejores condiciones que las de Freire. El ejército patriota del sur parecia, mas que agrupaciones armadas, un conjunto de harapientos. Los soldados i a veces los oficiales, carecian del vestuario absolutamente indispensable; algunos de los primeros andaban casi desnudos, sin camisa ni calzado. El rigor del invierno habia casi concluido con la caballada, factor principal en una guerra de montoneras. Se supondrá que un ejército sin uniforme, estaria sin pago desde meses atras. Por eso Freire escribia a O'Higgins lleno de desesperacion:

«Ya no me veo de deudas. La campaña me tiene empeñadísimo, a pesar de que se ha sufrido mucha pobreza. Los batallones sin medio i sin vestuario. Es imposible que Ud. crea el estado de desnudez en que están estos soldados. Hai hombres que están materialmente sin mas ropa que un pedazo de alfombra sobre su cuerpo. Por lo mismo, es de urjentísima necesidad que vengan vestuarios i dinero para la tropa i tambien que me manden para los gastos extraordinarios i pagar lo que estoi debiendo, empleado en milicias, etc.» (2).

Cuando Benavides dió a sus grupos armados la organizacion apuntada, trazó el 27 de agosto las instrucciones que debian servir de regla a los oficiales para hacer la guerra a los insurgentes.

(1) Datos de algunos deudos i conocidos de la familia Colipi.

(2) VICUÑA MACKENNA, *Guerra a muerte*, cap. V.

En ellas se disponían los pormenores técnicos referentes a un ejército en campaña, i se ordenaba, sobre todo, que los prisioneros fuesen pasados por las armas. Esta orden se ejecutaría irremediablemente con los extranjeros.

El gobierno patriota contestó a esa provocación audaz i desusada con un pliego de instrucciones a los comandantes de guerrillas para que fuera fusilado «todo soldado o sirviente del enemigo que se halle disperso». La guerra se iba a cambiar de este modo en estremadamente sangrienta.

Las hostilidades se abrieron en la primavera. Al principiar el mes de julio el lenguaraz Pedro López, mezcla de bárbaro i salteador i por lo mismo uno de los mas infames caudillos realistas, sorprendió con 70 montoneros la plaza de Tucapel i pasó a cuchillo a dos patriotas paisanos que hacían de jefes. El 17 de septiembre salió a recuperar esa importante posición estratégica el gobernador militar de Chillan don Pedro Nolasco Victoriano con toda la guarnición veterana, ascendente como a 100 hombres. No siendo notada su marcha, recuperó la plaza i con el rigor que lo distinguía, mandó fusilar a los que se escaparon del filo de los sables, entre ellos a un hijo de López. Afortunadamente para éste, poco ántes había salido para Santa Bárbara a preparar las indias de ese distrito.

Cuando los realistas supieron el abandono de Chillan, se propusieron asaltarla. Benavides dispuso que se trasladara por la cordillera el capitán Vicente Elizondo al mando de un destacamento de tres compañías de infantes montados, otra de dragones i 130 lanceros. Se unió con los hermanos Pincheiras i todos, con una división de cerca de 300 hombres i 150 oficiales cayeron el 18 de septiembre sobre la población. Como los comandantes de los pueblos mas próximos no habían venido a resguardarla, los asaltantes se apoderaron de ella sin la menor resistencia i la saquearon. Al saber Victoriano este fracaso, contramarcha rápidamente. Elizondo sale a su encuentro segurísimo de la victoria. El 20 de septiembre se avistaron en las lomas cercanas a la población. Victoriano dió la voz de mando: «¡carguen i degüello!»

Siguióse un choque tremendo, que concluyó al poco rato con

la fuga de Elizondo. Los muertos de su bando i unos cuantos prisioneros fusilados sumaron 103 bajas. Por este triunfo el gobierno ascendió a Victoriano al grado de sarjento mayor.

En la mañana de este mismo día una partida de montoneros i de indios que capitaneaban los hermanos Segueles, esperiméntó una derrota completa en las orillas del Laja. Pasaron éstos el Biobío cerca de su confluencia con el Laja el 18 i obligaron a replegarse a los Anjeles a un destacamento que cuidaba el vado. Una compañía de la guarnicion de ese pueblo fué a estrellarse con ellos i se trabó un combate desesperado en la ribera norte del Laja, en que habrian sucumbido los patriotas si no llega en los momentos precisos de apuros el coronel Alcázar i cae como un rayo sobre el enemigo. Entre los prisioneros se encontraba Juan de Dios Seguel; Alcázar lo hizo fusilar. Dionisio, que huyó herido hácia el norte, fué a caer a manos de Victoriano, quien ordenó pasarlo por las armas en el acto.

La vanidad irritable de Benavides lo hizo concebir el proyecto de vengarse de estas derrotas i despachó a Bocardo por el lado de la montaña con un cuerpo de 300 fusileros i turbas crecidas de los indios de Mangin i Mariluan. En los últimos días de octubre el coronel i comandante de la alta frontera estuvo al cabo de este movimiento, del cual dió aviso a Freire para que lo atacara por la espalda.

El mismo Benavides se adelantó hasta San Pedro para amenazar la ciudad de Concepcion, al mando de una division realista i de indios costinos; pero sin emprender ninguna operacion, contramarchó hácia los Anjeles.

El 29 de octubre acometió la plaza. Alcázar opuso al primer avance de los indios el batallon Coquimbo, que los rechazó. Benavides, cobarde como de ordinario, retrocedió. Su hordas de salvajes i malhechores, ante este resultado negativo, se entregaron a sus habituales asesinatos de jente indefensa i barrida de mujeres, niños i todo jénero de botin, entre el cual se contaron los trajes de un batallon que se conducian en mulas a la poblacion.

Entretanto Bocardo seguia su marcha a Chillan e incorporaba a su escuadron los restos de la fuerza de Elizondo i los Pin-

cheiras, llegando a tener así hasta 500 hombres. Victoriano salió a su encuentro apresurada i resueltamente, a pesar de contar apénas con 100. El choque le fué desfavorable por cierto i tuvo que huir solo con 20 soldados a Chillan (30 de octubre). Cuando supo que los guerrilleros i araucanos se acercaban, retrocedió a San Cárlos.

El vecindario de aquel pueblo quedó entregado al pánico que producía en todas partes la aproximacion del cardúmen de bárbaros cebados en el saqueo i en el rápto. Por fortuna, Bocardo no se atrevió a ocuparlo, por temor acaso de que Alcázar i el núm. 3 de infantería estacionado en Yumbel no le cerraran la retirada i contramarchó al sur por Santa Bárbara. Reconcentradas en Chillan algunas fuerzas de refresco, en especial las que habian venido de Cauquenes a las órdenes del coronel Merino, se ocuparon en limpiar la comarca de las bandas que ia desolaban con sus excesos.

Estos descalabros no disminuyeron el poder militar de los realistas, los cuales si bien es cierto que no disponian de armas, tenian, en cambio, en las caballadas indíjenas un medio de movilidad sin igual, en los araucanos auxiliares decididos i en el territorio de las dos fronteras lugares adecuados para rehacerse. Al contrario, en el mes de octubre recibieron una remesa de víveres i armas procedentes del Perú. De dos buques despachados del Callao a Valdivia, uno, el *Araucazú*, tocó en Arauco el día 30 i desembarcó una pieza de artillería de montaña, 100 fusiles, municiones; azúcar para las monjas trinitarias acampadas entre los guerrilleros i otras especies de consumo. El gobernador de Valdivia hizo trasladarse asimismo en este buque i por tierra a varios oficiales que iban a ser de mucha utilidad a las tropas irregulares de una montonera. El de mas graduacion era el capitán graduado de teniente coronel don José de Vildósola, ántes oficial de la compañía del batallón Concepción en que Benavides tenia el grado de sarjento. Venian ademas Antonio Carrero, soldado gallego ascendido a oficial en 1816 por su odio a los insurjentes i su valor a toda prueba; Jervasio Alarcon, natural del partido de Chillan i hermano del patriota Pedro Alarcon; el oficial de milicias Pedro Briones de

Maldonado, orijinario de los Angeles; de los dragones de la frontera el capitán Eusebio Izabal; tenientes Joaquín Mascareñas i Francisco Fernández, el subteniente Agustín Rojas i el soldado distinguido Francisco Rojas; del batallón Concepción el teniente Francisco González i del Valdivia el teniente Rafael Yávar.

En los dos meses que faltaban para la conclusión del año, el comandante en jefe de los realistas activó las operaciones. El 19 de noviembre una de sus partidas, de 50 lanceros, se precipitó repentinamente sobre la aldea de Hualqui i fué rechazada por un destacamento de 25 hombres que mandaba el subteniente don José Tomás Huértá; otra ocupó la plaza de Santa Juana el 6 de diciembre.

Hostigado Freire por las atrevidas guerrillas realistas, con dificultad podía atender a la subsistencia de la fuerza distribuida en los diversos cantones. Para proteger principalmente la recolección del ganado, movilizó una compañía de zapadores i diez hombres de caballería para que maniobraran al otro lado del Biobío a las órdenes del capitán de ingenieros don Pedro Kuosky, valiente oficial polaco que se había formado en el ejército francés.

El destacamento pasó el río el 6 de diciembre i al amanecer del día siguiente llegó sin ser visto al lugar llamado Pileó, pocos kilómetros mas abajo de la villa de Santa Juana. Había aquí un piquete de 15 realistas que perecieron a manos de sus asaltantes. Se principió acto continuo a juntar los animales de las cercanías. En tal ocupación se hallaba distraído Kuosky cuando se le avisó que por el lado de San Pedro i por el sur se acercaban fuerzas muy superiores a la suya. Pudo retirarse por las balsas que tenía en el río, pero contestó que «los soldados de la patria no huían delante de ladrones». Trabóse un obstinado combate; en el primer momento el capitán patriota detuvo al enemigo; mas, envuelto por todas partes, su columna fué lanceada completamente por los indios i los milicianos de los españoles, a pesar del admirable denuedo con que peleó. El jefe i 30 hombres quedaron muertos; los demás se arrojaron a las aguas del Biobío para salvar así la vida.

El comandante en jefe al saber el peligro que amenazaba al

subalterno, corrió al punto amagado i solamente logró llegar hasta la márjen derecha del rio, que no pudo pasar, desde donde fué testigo del fracaso. Debíase esta derrota a la excesiva confianza de este oficial extranjero, que desobedeció las órdenes de Freire de réhuir un combate desigual.

Benavides continuaba en su cuartel jeneral de Arauco reuniendo elementos bélicos para áctivar las operaciones. Por los muchos espías que tenia a su servicio, particularmente frailes i curas, estaba desde ahí al cabo de los movimientos que ejecutaban los distintos destacamentos. Tan pronto como se supo en su campamento que se hallaba desguarnecida la plaza de Yumbel, punto estratégico de primera clase, salió por el lado de la cordillera a tomarla una division compuesta de 200 fusileros, 108 milicianos de caballería i 350 indios. Mandábala en jefe Bocardo i tenia como tenientes a los cabecillas Elizondo, Zapata, Pincheira, Briones de Maldonado, Jervasio Alarcon i los intérpretes Pedro López, Francisco i Tiburcio Sánchez. Al frente de los araucanos iba Mariluan.

Comandante del canton de Yumbel era el capitán don Manuel Quintana, resuelto i aguerrido como el que mas, a quien sus compañeros designaban por su color con el sobrenombre de «el moro». Apénas contaba con 58 cazadores, 33 infantes i 20 artilleros con dos cañones.

En la mañana del 9 de diciembre los realistas se acercaron a la villa, bien convencidos de que aventarian al puñado de patriotas. Quintana no pensó ni por un instante en la retirada; al contrario, animado de una impetuosidad temeraria, situóse en el cerro del Centinela, vecino al pueblo, i esperó la hora del ataque. Allí lo acometieron los grupos enemigos en una arremetida vigorosa, que él rechazó valientemente. Dos veces mas intentaron desalojarlo de la altura, i otras tantas los hizo volver caras i los acuchilló por la espalda. Los asaltantes perdieron 30 hombres muertos i muchos ménos los asaltados. Entre éstos se distinguió el jóven teniente de cazadores a caballo don Manuel Búlnes, futuro jeneral i presidente de la república. Teníalo ya al alcance de su lanza Mariluan, cuando una bala hirió en el brazo al terrible cacique. Una gran parte de los indios, temerosa de la

artillería, se habia quedado en la villa entretenida en el saqueo e incendio de las casas.

Sin embargo, Quintana habria sucumbido al mayor número si no hubiera llegado en su auxilio un corto refuerzo de Rere.

A la vista de este piquete i temiendo la llegada de otros, los guerrilleros se retiraron al sur en direccion a los Anjeles. Como a una legua del pueblo les salió al traves el denodado anciano Alcázar, i en el lugar llamado el Avellano, cruzaron sus lanzas los escuadrones. Desfavorable el choque para el coronel, tuvo que replegarse con algunas bajas a la poblacion, donde los infantes i la artillería rechazaron a sus perseguidores causándoles algunas pérdidas. Capturóse en esta accion al lenguaraz Pedro López, desalmado i tan bárbaro como aquellos a quienes traducía el pensamiento. A las pocas horas de su captura, Alcázar lo mandó colgar en la horca de la plaza de armas.

Este nuevo fracaso no desanimó a los realistas, que contaban con sobrados recursos i decision para seguir sus correrías e intenciones de tomarse pueblos. El mismo Benavides abrió otra vez las hostilidades. En los últimos dias de diciembre se dirigió a San Pedro con una division de 500 hombres de caballería, 200 de infantería, 4 cañones i masas compactas de indios costinos, que marchaban a retaguardia. El 29 de este mes llegaron al fuerte i lo atacaron. Lo defendió el capitán don Agustín Elizondo, hermano del comandante realista. Sin atemorizarse por el número que lo acometia, rompió al instante el fuego de artillería con cuatro cañones que se habian montado poco ántes. Benavides, tímido en esta ocasion como en todas las anteriores, levantó el sitio para retirarse a su cuartel jeneral, contentándose con incendiar cuanto pudo i recojer los animales de los contornos. Elizondo perdió 14 individuos de su destacamento.

Entraba el año 1820, que fué uno de los mas revueltos en este período de la guerra en la frontera de patriotas contra realistas i araucanos. El primer combate tuvo lugar en la villa de San Carlos el 4 de enero. Creyendo encontrar desguarnecido el distrito de Chillan, bajaron los Pincheiras por Alico de sus guaridas de la montaña i asaltaron el pueblo, que defendía una escasa guarnicion bajo el mando del capitán don Justo Muñoz, el cual

con acertada anticipacion se habia atrincherado en la plaza principal. Despachó a Chillan pocas horas ántes de la llegada del enemigo a un emisario con la nueva de la irrupcion de los Pincheiras; i tan pronto como tuvo a tiro de fusil a las cuadrillas de pehuenches i montoneros, rompió sobre ellas un fuego que puso fuera de combate a 24 hombres. Esta defensa brillante e inesperada, obligó a las guerrillas a retroceder i remontar con toda rapidez el camino por donde habian bajado; pero, advertido ya de lo que sucedia, el gobernador de Chillan don Pedro Nolasco Victoriano, hizo partir para cortarles la retirada al comandante don Carlos María O'Carrol. Al frente de un escuadron, les salió de traves, i no consiguiendo coparla, apresuró la persecucion por la espalda. En el paraje denominado Monte Blanco les dió alcance en la tarde del 5 de enero i los acometió a sable i fuego de carabina. En la refriega perecieron el ayudante de la caballería de O'Carrol, don José Agustin Molinare, i 14 soldados. La principal resistencia de este reencuentro la habian hecho los indios, que dejaron en el campo como 30 muertos, su presa de mujeres, i los cadáveres de 7 niños que degollaron para huir con ménos embarazo (1).

El implacable Victoriano renueva al mes siguiente la persecucion contra las cuadrillas de malhechores de la montaña i les mata 30 hombres en el lugar llamado el Palpal: Jira de aquí a Coihueco i sorprende al terrible guerrillero Hermosilla en una emboscada que le prepara, le mata 40 individuos i sigue limpiando la comarca de montoneros, a los cuales fusila sin compasion cada vez que los aprehende. Su severidad estremada indujo a O'Higgins a relevarlo por el patriota don Pedro Ramon Arriagada.

El comandante de las fuerzas triunfantes en Monte Blanco, se dirigió a los Angeles despues de este hecho de armas. Era O'Carrol, de orijen irlandes, un militar que tenía una hoja nutrida de buenos servicios. A los veintiseis años cargaba las insignias de teniente coronel del ejército ingles. Habia hecho siete campañas en España i Francia i merecido las condecoraciones de

(1) Ministerio de la Guerra, 1820.

Cárlos III i de la flor de lis, de esos dos países. Atraído a Chile por lord Cochrane, vino a ofrecer su espada a O'Higgins en 1818. El gobierno lo comisionó para que organizara en el pueblo de Curicó el escuadron denominado «dragones de la patria», que llegó a Chillan en 1820 en las circunstancias que se han recordado.

Acompañáballo como su segundó el sarjento mayor don Ambrosio Acosta, el mismo oficial de la espedicion Cantabria que habia abandonado las banderas del rei para ingresar a los cuadros patriotas, mucho mas en armonía con sus tendencias de liberal avanzado.

Cuando llegó a Chile podia considerársele ya como capitán de pericia consumada. En efecto, desde la edad de quince años, en 1807, hasta la de veinticuatro, en 1816, habia servido en el ejército español. Desde cadete hasta capitán i comandante en comision, habia concurrido a las famosas campañas i batallas contra los franceses. Oriundo del mediodía, Tarifa, distinguíase por su carácter impetuoso i festivo, que le valió en el ejército chileno el apodo de «el loco». Un rasgo de su vida lo retratará perfectamente. Un dia su asistente le notició que en uno de los barrios apartados de Santiago se aparecia i aterraba a los transeuntes un fantasma blanco, que crecia poco a poco. En la noche se trasladó con el soldado al lugar de la aparicion provisto de un lazo. Luego se presentó a su vista el espectro, i luego él tambien hizo jirar su lazo i lo arrojó al pescuezo del aparecido, el cual, en el suelo i azotado, confesó ser un zapatero del barrio que con zancos i una sábana asustaba a los traficantes para robarlos.

Despues de tomar parte en la espedicion libertadora del Perú, siguió prestando sus servicios en Chile hasta llegar a ser coronel. Mezclado en un movimiento revolucionario, fué desterrado. Se trasladó a Cuba, donde se vió tambien envuelto en conspiraciones contra las autoridades españolas. Murió de repente en 1849 en casa de Freire i en momentos que departia con él amigablemente (1).

(1) Papeles del coronel Acosta proporcionados por su familia al autor;

Alcázar pensaba desde hacia meses que llevar una expedición al núcleo de la población indígena, es decir, a las parcialidades de Mariluan i Mangin era dar una estocada a fondo a la resistencia realista. Con este objeto se puso de acuerdo con sus aliados Colipi i Coñoepan, que le ofrecían la adhesión de muchos otros caciques i el exterminio de sus rivales. El aguerrido veterano se dejó arrastrar por estas promesas i partió el 10 de febrero de 1820 de los Anjeles a Tolpan, antiguo nombre del río Renaico en su parte inferior, al mando de una división de 1,100 hombres, a la que se habían incorporado los dragones de la patria con sus jefes O'Carrol i Acosta.

Llegó a San Carlos, donde se detuvo para dividir su tropa en dos fracciones, una que se acantonó en este punto estratégico, i otra, de caballería exclusivamente, que vadeó el Biobío i llegó a Tolpan. Juntáronse, en efecto, Colipi i tres caciques principales; pero faltó a la cita Coñoepan, cuyas indiadas constituían la unidad indispensable de las operaciones. Al contrario, Alcázar se vió pronto rodeado de masas hostiles de araucanos i se guareció en un cerro, donde apenas pudo proporcionar comida a hombres i caballos i poner a raya por espacio de cuatro días a los grupos asaltantes.

éste los hizo llegar a manos de don Pedro Pablo Figueroa, quien trazó una biografía detallada en el tomo I de su *Album Militar*. Los descendientes de Acosta fueron vecinos de Curicó.

TOMAS GUEVARA

(Continuará)

